

## Eugenio D'Ors y el arte católico

Eugenio D'Ors es una de las figuras representativas de la catolicidad hispana. Además es una noble figura intelectual, uno de aquellos valores del espíritu que orientan el pensamiento tradicionalista de la raza más mística del Universo.

Nutrido escritor, su prosa se alimenta de raíces jugosas del idioma, afinca en el noble solar castellano, pero está llena de una frescura matinal, de un gozo conceptual en el vocablo que la constituye en índice de la intelectualidad europea. D'Ors ha ahondado profundamente en la temática artística y literaria y ha regresado con una limpia panoplia de libros, donde campea una personalidad sustantiva, jugosa, sin falsificaciones.

Requeté al servicio del general Francisco Franco, estuvo en la trinchera de la guerra, afirmando con el fusil en juto la verdad de sus obras. De la cavada trinchera fue sacado por el generalísimo para que realizara una labor trascendente de restauración del arte católico en la perfumada Sevilla. Allí el gran adoctrinador de juventudes está dictando una serie de conferencias sobre la índole, el origen, el desarrollo de los motivos místicos en el pueblo de la catolicidad eterna y fecunda. Son una especie de "Cahiers" como los que sobre otros tópicos ha dado a la estampa Paul Valéry. D'Ors restaura así el culto a la pintura católica, a la imaginación de todos los tiempos, a ese sentido de la religiosidad tan típico del pueblo español.

Conocedor como muy pocos de pintura, de música, de Arte escultórico y de Literatura, en sus conferencias hallamos al creador de un valor eterno de la cepa española: "La Bien plantada", aquella obra donde exalta los ríos originarios que vinieron a nutrir una raza en su despertar, aquellas fuentes raciales que florecieron después en la gracia aristocrática y en la sangre cálida de la mujer que recogió en su motivo literario.

La pintura española, según D'Ors se ha amamantado a los senos de una nodriza violenta, dramática y espigada co-

mo una gitanilla de romance. Por ende, el Arte Católico es también una expresión de ese sentido frenético del colorido, de esa concepción del sentimiento ultraterreno, de esa ramificación de la pintura veneciana que, trasplantada a tierras españolas, hizo florecer una teoría de pintores que sentían en su carne y en su espíritu el florecer de la rosa mística como un gozo y como una espina.

De ahí nació la pintura del Greco. Sus matices, violáceos, fríos, mates, su ensoñación alargada en llama estilizada, la carne seca, atosigada, mientras arriba, sobre la gorguera de espumas del cuello toledano, unos ojos exaltados y visionarios, recogían, en una luza quieta y lejana, el ideal de Cristo. No todos los pintores españoles, según D'Ors, podían seguir la escuela de los Rubens, de los Menling, de aquellos flamencos que nos dieron Vírgenes, Niños Dioses, angelotes de una vendimiada carne, que se hace humana en el color de la paleta y en la entonación de los tonos. Por el contrario, la catolicidad pictórica hispana tiene siempre que ser atormentada. Sus Cristos, lamentables, rotos, dramáticos, viejos de diez y nueve siglos. Sobre estos temas se extiende el gran escritor con acierto y maestría insuperables.

Su palabra, como su obra en defensa de un concepto del ideal extraterrestre que animó la paleta de los pintores españoles, particularmente de los discípulos del Greco, tanto en Toledo como en Sevilla, merece un profundo rumor de admiración.

En prosa seca, estricta, sin vanas ampulósidades, rica en novedades y tajante como la luz en el filo de las espadas, restaura los mejores tiempos de la cultura española.

Es con emoción como anotamos la presencia de este insigne escritor al frente del Museo de restauraciones católicas de Sevilla en este momento amargo de la vida de la Vieja cachorrera de leones españoles.

AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO